

[Handwritten signature]
Abil 1994

Actas

S I M P O S I O

TRASHUMANCIA

Y

CULTURA PASTORIL

EN EXTREMADURA



Celebrado en el Pabellón de Extremadura en la Exposición Universal de Sevilla,
28, 29 y 30 de septiembre de 1992

La trashumancia como reliquia del Paleolítico

■ **Jesús GARZÓN HEYDT**

Fondo para el Patrimonio Natural Europeo

La trashumancia de ganados en España se ha venido estudiando tradicionalmente desde la perspectiva histórica que se inicia casi siempre en la Edad Media, a raíz de la reconquista cristiana de los pastos del suroeste peninsular. Pocas veces se hace referencia a los antecedentes de la época visigoda y, menos aún, a las antiguas prácticas ganaderas de las culturas ibéricas, reflejadas hace ya más de 2.500 años en los textos griegos y descritas luego detalladamente por los cronistas romanos.

Que nosotros sepamos, sólo el extremeño Vicente Paredes Guillén hace una aproximación original al tema en su *Historia de los ramontanos ibéricos* (1989), intentando relacionar los movimientos del ganado con los verracos y toros de piedra diseminados por el centro y oeste peninsular, y cuya construcción se atribuye a los pueblos celtas de los vetones, asentados en este área durante el Siglo VI a. de C. No obstante, creemos que un estudio comparativo sobre la evolución del clima, de la fauna y de las culturas humanas en la Península durante los últimos 15.000 años permitiría remontar los orígenes de la trashumancia, sin excesiva dificultad, hasta finales del Paleolítico.

En esta comunicación aportaremos algunos datos que avalan dicha hipótesis, que por su gran interés cultural merece ser tratada más detalladamente en próximas ocasiones.

LA INFLUENCIA DEL CLIMA

Hace 15.000 años se inicia la regresión de la última glaciación, con una dulcificación progresiva del clima, que se estabiliza en los valores actuales hace unos 5.000

1282

años. Durante este período, el nivel de los mares ascendió, a causa del deshielo, 110 metros, al ritmo aproximado de 1 metro cada siglo. A este cambio climático corresponde una modificación sensible de la vegetación: los bosques boreales y las tundras que cubrían hasta entonces la mayor parte de la Península dan paso progresivamente a la vegetación mediterránea, adaptada a los veranos secos y calurosos que hacen secarse fuentes y arroyos y agostan rápidamente los pastizales. (Fig. 1.)

ADAPTACIÓN DE LA FAUNA

Los estiajes cada vez más prolongados obligan también a emigrar a la fauna. Las aves ligadas a las marismas y lagunas, que se secan ahora más o menos permanentemente durante el verano, siguen la retirada de los hielos hasta alcanzar latitudes con análogas condiciones climáticas que las que habían existido en la Península, y que corresponden actualmente a los Países Bálticos, Sur de Escandinavia, Dinamarca, Polonia y Norte de Alemania. Allí anidan ahora, 3000 km. al norte, nuestras grullas y ánsares grises, que regresan cada otoño para invernar en sus antiguos dominios del suroeste ibérico.

La gran fauna de herbívoros, toros, caballos, ciervos y cabras, que abundaban en nuestros bosques y praderas a finales del período glacial, debió adaptarse a las nuevas condiciones ambientales, buscando en verano los pastos y el agua de las zonas altas y regresando en otoño a los valles abrigados.

En la franja litoral de la Península, rodeada de montañas y con el clima suavizado por la influencia del mar, estos movimientos serían muy reducidos, y prácticamente inexistentes en aquellas áreas donde la presencia de marismas, albuferas y vegas de grandes ríos asegura la abundancia de pastos y de agua durante todo el año.

En las mesetas sin embargo la estacionalidad es muy acusada y a una oferta copiosa de frutos y pastos durante algunos meses del año sigue una brusca escasez, bien sea debido al frío o a la sequía. Para aprovechar adecuadamente estas abundancias temporales y eludir la falta de alimentos durante otras épocas, las manadas de herbívoros salvajes se ven obligados a realizar espectaculares migraciones, que movilizan cientos de miles o incluso millones de ejemplares durante algunas semanas de primavera y otoño, como es sabido de prácticamente todos los continentes del mundo.

MIGRACIONES DE HERBÍVOROS

En Eurasia son famosas las migraciones de las saigas (*Saiga tatarica*) y de los renos (*Rengifer tarandus*), que se desplazan en manadas de miles de ejemplares hacia el norte en primavera y hacia el sur en otoño, cubriendo distancias que oscilan entre 500 y 1.000 km. En Norteamérica, el caribú (*Rengifer tarandus caribou*) contaba

aún durante el siglo pasado con manadas de varios millones de ejemplares, que cubrían distancias entre 1.000 y 1.500 km, desde los bosques canadienses hasta las tundras circumpolares.

Otro tanto hacía el bisonte americano (*Bison bison*), que se desplazaba de 500 a 600 km hacia el sur cada otoño, en migraciones que, hace apenas trescientos años, movilizaban aún 60 millones de cabezas. Aquellas mareas inmensas de animales hicieron que los exploradores españoles del Siglo XVI desaconsejasen la colonización de los actuales Estados Unidos, pues los movimientos periódicos de los bisontes harían imposible el cultivo de las praderas. El exterminio metódico de las manadas de bisontes y caribúes durante el siglo pasado, por parte de los ocupantes anglosajones, provocó también junto a otros factores la desaparición de la gran mayoría de las tribus indígenas, cuya vida dependía casi exclusivamente de la caza de estos animales, a los que seguían en sus migraciones.

También en las sabanas de África Oriental, con un clima muy análogo al que existe en ciertas zonas del occidente peninsular, la estación seca provoca cada año la migración de millón y medio de ñus (*Connocharetes taurinus*), cebras (*Equus grevyi*) e impalas (*Aepyceros melampus*), que se desplazan entre 500 y 1.000 km. hacia el noreste, para regresar al sureste en la época de lluvias.

Vemos en estos ejemplos que grupos muy distintos de herbívoros salvajes, como équidos (cebras), cérvidos (renos y caribúes), bóvidos (bisontes), antílopes (impalas y saigas), adoptan ante condiciones climáticas adversas movimientos migratorios muy análogos, en áreas geográficas tan distantes como Eurasia, Norteamérica y África Oriental.

Es muy importante resaltar que las características de estas migraciones son prácticamente idénticas en muchos aspectos a las que presenta la trashumancia tradicional de nuestros ganados, entre los que se pueden destacar los siguientes:

1. Las migraciones son estacionales, para aprovechar las alternancias entre abundancia y escasez de alimentos que coinciden con los finales de la primavera y principios del invierno en el Hemisferio Norte, o con las épocas de lluvias y sequías en las zonas tropicales.
2. Los desplazamientos se concentran durante muy pocas semanas cada temporada, movilizando en estos períodos cientos de miles o incluso millones de ejemplares.
3. Los itinerarios se mantienen estables cada año, lo que viene delimitado en parte por la orografía local, barrancos, puertos de montaña y vados de los ríos, aunque puedan ser distintas las rutas seguidas en el otoño y en la primavera.
4. Los trayectos, en condiciones normales, suelen oscilar entre 30 y 50 km. diarios, cubriendo en total distancias que varían entre los 400 y los 1.500 km.
5. Las hembras y las crías constituyen generalmente las vanguardias de las manadas migradoras, avanzando los machos detrás de ellas o incluso formando grupos aparte, algunos días o semanas más tarde.

LOS FINALES DEL PALEOLÍTICO

Los conocimientos actuales sobre la transición del Paleolítico al Neolítico en la Península Ibérica confirman la hipótesis de una trashumancia muy antigua, ligada a los movimientos estacionales de la fauna silvestre.

Así, en los yacimientos del Paleolítico Superior de hace unos 20.000 años, se comprueba que las poblaciones humanas ocupan el territorio de forma permanente, dejando en sus habitaciones gran número de restos de su industria y alimentos. Existe una gran unidad cultural en toda la Península, con armas cada vez más perfeccionadas y con especialización progresiva en la gran caza de cérvidos, toros y caballos, frente a las actividades recolectoras que habían predominado en las épocas anteriores.

Hace 12.000 años, el cambio climático iniciado tres milenios antes, y las alteraciones en la vegetación que ello provoca, hacen que la gran fauna comience a “escasear”, y también con ella los asentamientos humanos. Por primera vez, los prehistóricos establecen una diferencia cultural clara en la Península, entre las áreas del litoral y de las mesetas centrales. La ausencia casi total de restos de poblaciones humanas en el centro de España durante este período es explicada como debida a la presencia “de bandas errantes en amplios espacios” o de “retirada en persecución de la fauna ártica” (Jordá).

Sin embargo, sabemos por los ejemplos descritos anteriormente, que estas *retiradas de la fauna* sólo pueden interpretarse como movimientos estacionales de otoño y primavera, por lo que las *bandas errantes* significan claramente una adaptación de las poblaciones humanas a estas migraciones periódicas, que constituyeron los orígenes de la trashumancia.

De hecho, las especies de la llamada fauna ártica, como renos y saigas, o incluso las propias del bosque boreal, como los bisontes, nunca llegaron a ocupar la mayor parte de la Península, quedando relegadas por el norte hasta el valle del Ebro, y por el oeste hasta el Sella aproximadamente. “En esta región, una población humana moderadamente densa podía abastecerse de alimentos suficientes sin necesidad de realizar largas migraciones siguiendo a las manadas. Podían utilizar distintas zonas de la región en diferentes épocas del año, y la abundancia de salmones y de otros peces en los ríos, complementaba el alimento que suministraban las manadas” (Ponting).

Esta referencia a la cornisa cantábrica es válida también, con ligeras modificaciones, para todo el litoral de la Península y para las vegas de los grandes ríos, con temperaturas suaves durante el invierno y veranos no excesivamente calurosos, con agua suficiente y abundante oferta de alimentos, gracias al estiaje y al desarrollo de los pastos en las riberas.

Este sedentarismo propició, en el sur y levante ibérico, el desarrollo de las primeras culturas neolíticas, caracterizadas por la aparición de la cerámica, la domesticación de animales y el cultivo de ciertas plantas. Este proceso se extendió progresivamente por

toda la Península, entre el VI y el IV milenio antes de Cristo, es decir, hace unos 7.000 años en las zonas más avanzadas del litoral mediterráneo y hace 5.000 años en las áreas más primitivas de la cornisa cantábrica.

El nivel actual de conocimientos permite hacerse una idea muy aproximada de cómo serían las condiciones ambientales de la Península Ibérica durante estos orígenes del Neolítico. La sequedad progresiva del clima originó sin duda una gran proliferación de incendios forestales, que harían desaparecer en pocos siglos las especies arbóreas menos adaptables, como los pinos, relegados a las zonas más frías de las montañas, a las áreas costeras húmedas o a parajes pedregosos, donde han sobrevivido en enclaves dispersos. En las cordilleras del norte, y en algunos valles con clima adecuado, se desarrollaron los bosques caducifolios de robles, hayas y abedules. En el resto del territorio se establece progresivamente la vegetación mediterránea siempre verde, con hojas coriáceas para soportar mejor la sequía y gran capacidad para resistir los incendios (alcornoques), o para rebrotar tras el fuego (encinas, madroñeras, brezos, jaras, etc.).

En contra de lo que se ha venido afirmando en los trabajos de prehistoria, estos cambios en la cobertura de la vegetación supusieron generalmente para la fauna de grandes herbívoros una mayor abundancia de alimento, al poder aprovechar el gran desarrollo de los pastizales y el rebrote del arbolado y los matorrales. Los paisajes dominantes en las mesetas ibéricas durante las épocas apropiadas no serían muy distintos de los que conocemos actualmente de las sabanas arboladas de África, con las encinas cumpliendo la función de las acacias, y las manadas de uros (toros), caballos, ciervos, cabras y jabalíes sustituyendo a búfalos, cebras, antílopes, gacelas y facoceros.

CONDICIONANTES ECOLÓGICOS

Los dos grandes factores limitantes para el desarrollo de la vegetación en la Península son el frío durante el invierno, y la sequía durante el verano. Se pueden distinguir en este sentido tres grandes áreas, donde altas densidades de herbívoros pueden sobrevivir durante todo el año, evitando los factores limitantes mediante diferentes adaptaciones.

1. *Áreas litorales.* Son zonas bajas, con agua durante todo el año y clima suavizado por la influencia del mar. Las manadas apenas tienen necesidad de moverse, ocupando las zonas altas durante las inundaciones del invierno y aprovechando el abundante desarrollo de los pastos en verano y otoño, con la bajada progresiva del nivel del agua.

Este tipo de ocupación del territorio por parte de los herbívoros perdura aún, por ejemplo, en las marismas del Guadalquivir y en algunas vegas del Guadiana y del Tajo. Fue sin duda común durante el período glacial en todo el litoral ibérico, desde la desembocadura del Ter hasta la del Miño. La plataforma costera se fue reduciendo con la subida del mar, pero ello quedaría compensado por la mayor productividad de

los pastos debido a la dulcificación del clima y al proceso de relleno de los estuarios por el aporte de los ríos.

2. *Áreas de montaña.* La alineación este-oeste característica de las cordilleras del norte de España, Pirenaica y Cantábrica, origina unas condiciones climáticas singulares, con valles muy abrigados y cálidos en las proximidades de altas montañas, cubiertas en invierno por la nieve. Esto permite a las manadas de herbívoros aprovechar la alternancia de pastos de invierno y de verano con movimientos de pocos días de duración, no muy distintos de los que debieron desarrollarse durante la mayor parte del período glaciario. Al igual que en las áreas litorales, la mayor productividad debida a la dulcificación del clima y al deshielo compensaría la pérdida de recursos por inundaciones o sequías.

Ejemplos actuales de este aprovechamiento estacional perduran en los valles del Ebro, del Saja o del Narcea, y se extendieron por el Pirineo y el Cantábrico hasta la Sierra de la Estrella, ya en el Sistema Central. En menor escala pueden encontrarse vestigios de este pastoreo en todas las grandes montañas ibéricas, desde Sierra Nevada hasta Urbión.

3. *Mesetas.* Las dos grandes penillanuras del centro de la Península presentan en verano un factor limitante común, la sequía. En invierno, la meseta inferior goza de un clima templado y húmedo, debido a la influencia de los vientos atlánticos del suroeste, mientras la meseta superior sufre intensas heladas y nevadas desde el otoño hasta bien entrada la primavera, exceptuando ciertos valles abrigados.

En estas condiciones, las altas densidades de herbívoros que aprovechan durante el invierno la gran producción de pastos y de frutos en los valles del Tajo y del Guadiana, se ven obligadas a emigrar masivamente en busca de agua y de alimento, al comenzar la sequía de principios del verano. En la meseta superior, la sequía se manifiesta con algunas semanas de retraso, pero tampoco ofrece suficientes recursos a las manadas. La única alternativa son las cumbres de las montañas, cubiertas de nieve en invierno y primavera, pero con abundancia de agua y pastos durante todo el verano y principios del otoño.

Las altas montañas que bordean las mesetas por el norte y el este ofrecen estos recursos abundantes, aunque para acceder a ellos son necesarias migraciones superiores, en algunos casos, a los 500 km. de distancia. Estos trayectos deben considerarse normales, si se comparan con los ejemplos de herbívoros indicados anteriormente, y no entrañan riesgos de debilitamiento para las manadas, al encontrarse ya fuertes las crías del año y avanzar consumiendo recursos no aprovechados anteriormente. El regreso en otoño, tras las primeras nevadas en las montañas, permite encontrar pastos frescos en la meseta inferior, así como una copiosa montanera que equilibra posibles carencias si se retrasan las lluvias.

Estas migraciones movilizarían principalmente uros y caballos, pues ciervos, corzos, cabras y jabalíes disponen de recursos locales (ramoneo, tubérculos,...) que les permite mantener una densidad estable sin necesidad de largos desplazamientos. Las

principales diferencias entre las castas de “vaqueros” serranos y los “cabreros” y “porqueros” locales comenzaron entonces a definirse.

CAZADORES Y PASTORES

Esta esquemática ocupación del territorio por la gran fauna, al finalizar el período glaciario, tiene una relación indudable con el desarrollo de las culturas humanas en los albores del Neolítico.

Pellicer distingue en el Neolítico peninsular siete círculos culturales. Cinco de ellos corresponderán a las zonas costeras con fauna sedentaria, uno a las montañas del norte, y uno a las mesetas de España Central (Fig. 2). En esta clasificación destaca de inmediato la diversidad cultural de áreas litorales próximas y bien comunicadas, frente a la unidad de las grandes áreas centrales de la Península, a pesar de obstáculos orográficos importantes, como grandes ríos y montañas. Sólo los movimientos periódicos a través de las mesetas, siguiendo en primavera y otoño las migraciones de las manadas, permite explicar satisfactoriamente esta gran unidad cultural, que con pocas variaciones se han mantenido hasta nuestros días.

La escasez de restos de habitaciones humanas en estas zonas durante aquellas épocas puede interpretarse tanto por la fragilidad de los materiales empleados, piedras y ramajes, como por la ocupación continuada de los mismos lugares hasta fechas actuales, lo que habrá borrado muchos vestigios. Hasta hace muy pocas décadas, era habitual encontrar poblados de chozos en muchas áreas rurales del oeste y del sur de España, que en su mayor parte han desaparecido en los últimos años sin dejar rastro.

En estos desplazamientos periódicos de los cazadores siguiendo a las manadas está sin duda el origen de la trashumancia, institucionalizada luego por privilegios medievales. La domesticación de los herbívoros debió ser parecida a la que aún practican los lapones con sus rebaños de renos. Con la ayuda de perros, domesticados ya para la caza con varios milenios de anterioridad, se iniciaría un manejo rudimentario de las manadas, acostumbradas poco a poco al hombre a través de la sal, del cobijo y del alimento.

La ganadería extensiva que se mantiene aún en muchas zonas de España y Portugal supone una relación mínima entre el pastor y sus ganados, en régimen prácticamente silvestre durante todo el año, pero que son sin embargo extraordinariamente dóciles y obedientes a la mano o la voz del hombre, mediante el control de sencillos reflejos condicionados. Tras el perro, las siguientes especies en ser domesticadas fueron la vaca, la cabra y el cerdo, todas ellas de profunda tradición en la Península. La oveja se encuentra en etapas posteriores y su origen es aún discutido, aunque la presencia de razas autóctonas, como la merina, está documentada al menos desde la Edad del Bronce, época en que también fueron domesticados los caballos. (Altuna)

FUENTES ANTIGUAS

Seiscientos años antes de Cristo, las primeras referencias griegas de Herodoto a las culturas del suroeste peninsular describen ya riquezas fabulosas en ganados, bueyes sobre todo. Cuatro siglos más tarde, Polibio constata que los pueblos de la meseta viven sobre todo de la ganadería, *en estado seminómada* y sin asentamientos bien definidos. Estrabón, cincuenta años más tarde, insiste en que estos pueblos se alimentan sobre todo de carne, y tienen grandes ganados bovinos, que manejan incluso con fines militares, azuzándolos contra el enemigo. En el año 140 a. C. Numancia y Termancia, poblaciones de apenas 10.000 habitantes, entregaron a los romanos 3.000 pieles de bueyes y 800 caballos, lo que da idea de su riqueza ganadera.

En base a estos datos, Caro Baroja sospecha que “estos pueblos también tenían un sistema de trashumancia o de trastermitancia con ganados bovinos grandes, poderosos”. Según este investigador, las fiestas pastoriles reflejan una continuidad enorme, puesto que hoy se pueden encontrar vigentes todavía en muchos pueblos “ni más ni menos que una fiesta de la vítula, o de la vaquilla o ternेरilla, que se celebraba en los siglos V, VI y VII d.C. y que las autoridades eclesiásticas intentaron abolir”.

Esa *continuidad enorme* de la que nos habla Caro Baroja también podemos constatarla en los mapas de razas autóctonas de la Península, que reflejan con impresionante exactitud la distribución de las antiguas culturas ibéricas, tal como las describieron los geógrafos romanos, y que se remontan en muchos casos probablemente a los orígenes de la domesticación de la fauna silvestre en nuestra Península. (Figs. 3 y 4)

BIBLIOGRAFÍA

ALTUNA ECHAVE, J.: *Historia de la domesticación animal en el País Vasco, desde sus orígenes hasta la romanización*. Munibe 32, 1980.

ARIAS CABAL, PABLO: *De cazadores a campesinos*. Universidad de Cantabria, Santander, 1991.

CABRERA, ÁNGEL: *Fauna Ibérica. Mamíferos*. Museo Nacional de Ciencias Naturales, Madrid, 1914.

CARO BAROJA, JULIO: *Los Pueblos de la Península Ibérica*. Editorial Txertoa, 1991.

JORDA CERDA, FRANCISCO: “La España de los tiempos paleolíticos”. *Las Raíces de España*. Instituto Español de Antropología Aplicada, Madrid, 1967.

UCHUPI, E.: “The Mesozoic - Cenozoic Geologic Evolution of Iberia”. *Revista de la Sociedad Geológica de España*, 1 (1988).

PELLICER CATALÁN, MANUEL. “Las civilizaciones neolíticas hispanas”. *Las Raíces de España*. Instituto Español de Antropología Aplicada, Madrid, 1967.

PERICOT, LUIS. *España prehistórica*. Historia de España y América, social y económica. Vicens-vives, Barcelona, 1972.

PONTING, CLIVE. *A green history of the World*. Penguin Book, 1992.

Izquierda: Hace 15.000 años.

Derecha: Actual.

Límite entre la vegetación eurosiberiana y la mediterránea.

Principales vías pecuarias.

1. Nieves permanentes.
2. Tundra.
3. Bosques árticos de pinos y abedules.
4. Bosques mixtos de pinos, robles o hayas.
5. Vegetación mediterránea.
6. Bosques de robles o hayas.



Fig. 1. Esquema comparativo de la evolución de la vegetación ibérica.

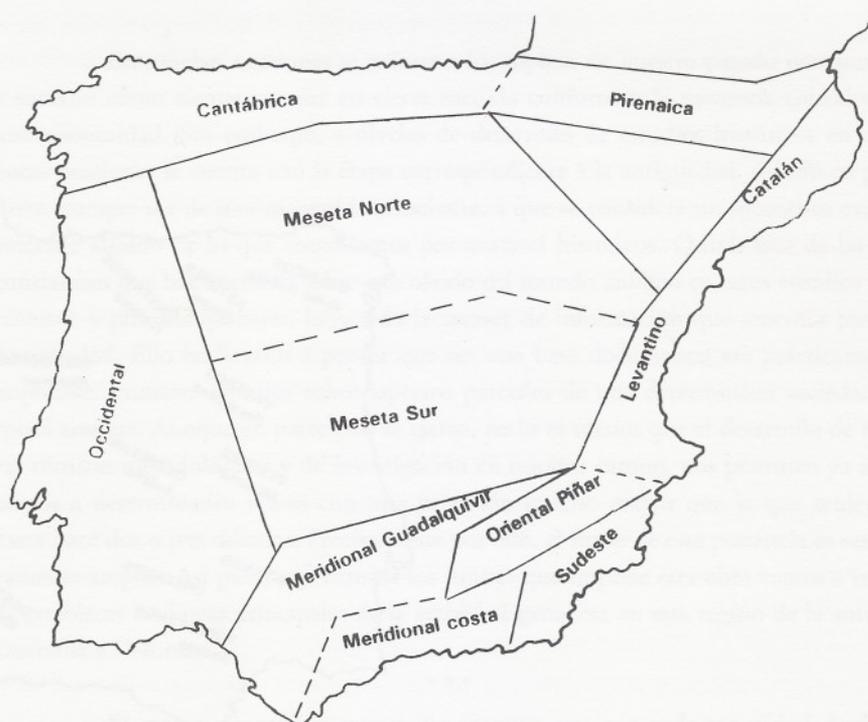


Fig. 2. Culturas Neolíticas Ibéricas

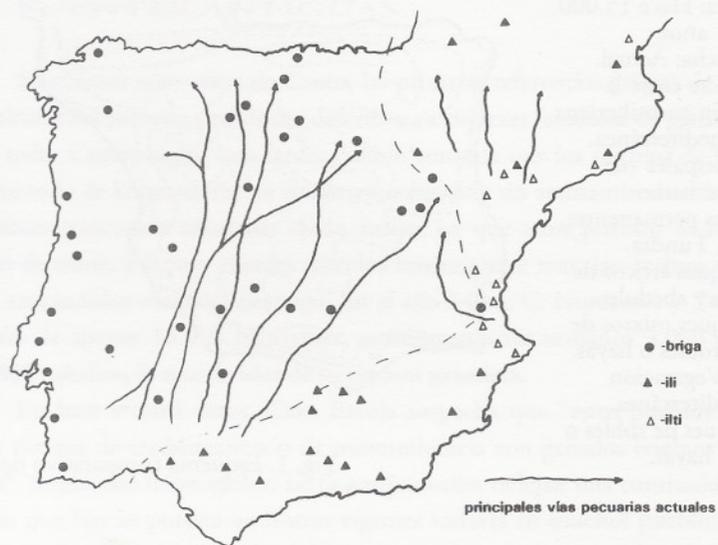


Fig. 3. Topónimos Ibéricos (Untermann, 1961)



Fig. 4. Pueblos prerromanos y Razas vacunas autóctonas